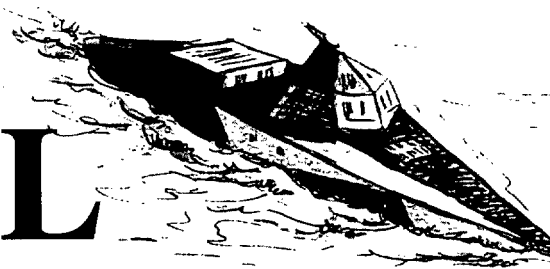


EL PODER

N@V@L

EN EL NUEVO MILENIO



UN NUEVO MODO DE HACER LA GUERRA

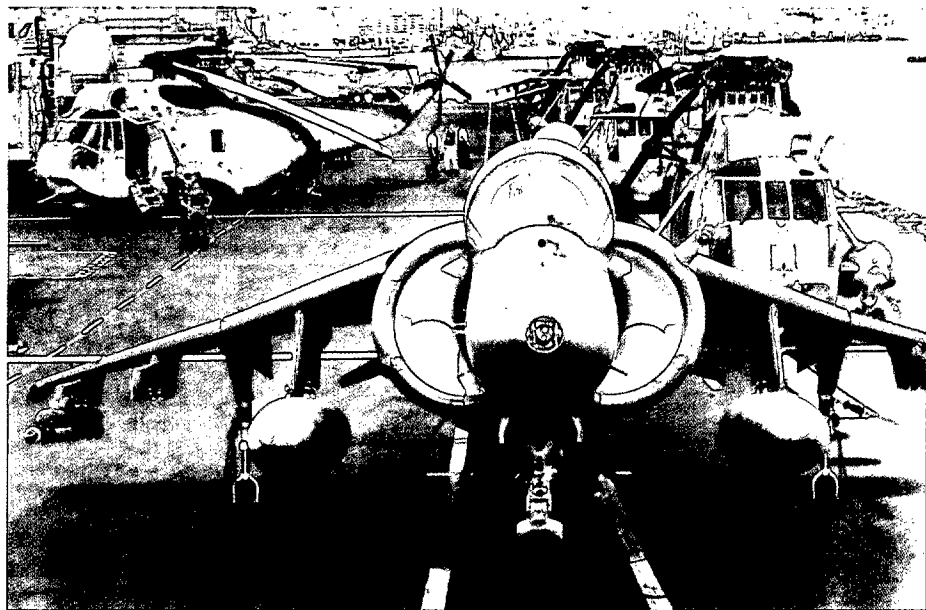
Javier JORDÁN ENAMORADO
Becario de investigación. Universidad de Granada



OMO afirma John Keegan (1995), la historia del mundo es en gran medida la historia de la guerra. Una guerra que en el transcurso de los siglos, y especialmente en las últimas décadas, ha experimentado importantes transformaciones que permiten hablar de una evolución en la historia del conflicto. Recién estrenado el tercer milenio, en Occidente se puede hablar ya de un nuevo estilo de hacer la guerra.

Según Keegan, la forma occidental de combatir se diferenciaba de la del resto de culturas por su carácter decisivo. En términos generales, el hombre primitivo y el oriental adoptaban limitaciones en el modo de hacer la guerra. La asiática era una táctica evasiva, ritual, no decisiva, a caballo, en la que volver la espalda al enemigo y esperar a una mejor ocasión no se consideraba un deshonor. Sin embargo, la occidental clásica, que se remonta a la infantería griega y romana, era a pie y a muerte, definitiva. En la época medieval, el mayor empleo de la caballería mantuvo el esquema de lucha cuerpo a cuerpo, efectuando la carga sobre el núcleo principal del enemigo, y no limitándose a escaramuzas a distancia.

Con la revolución tecnológica que supuso el empleo de la pólvora y de las armas de fuego, el modo decisivo de hacer la guerra propio de Occidente resultó arrollador en la lucha contra pueblos de otras culturas. Sin embargo, la no adopción de restricciones en la utilización y desarrollo del armamento se



Cubierta de vuelo del portaaviones *Príncipe de Asturias*. (Foto: L. Díaz-Bedia Astor).

reveló devastadora cuando los países europeos aplicaron el modelo contra sí mismos; máxime cuando esto se produjo en un nuevo entorno político, en el que los que luchaban no eran las huestes de un rey o señor feudal, sino los estados-nación. La guerra enfrentaba a pueblos enteros, que competían con todos sus medios humanos, industriales y económicos, y que, por tanto, convertía a dichos recursos en objeto de las acciones militares. El modo de combatir de Occidente asumía así el concepto de guerra total. Las dos guerras mundiales fueron ejemplos de la aplicación del modelo, y de modo especial porque en ambos casos el conflicto se convirtió en una guerra absoluta, entendiéndose como tal la que sobrepasa los objetivos políticos y lleva a la destrucción de uno de los dos adversarios (Aron, 1963).

La necesidad de un nuevo paradigma

La aparición de los arsenales nucleares y la posibilidad de que una guerra, en la que se empleasen este tipo de armas, acabara con la aniquilación de todos los contrincantes impuso una seria autolimitación al modo occidental de hacer la guerra, y condujo a que en la práctica las potencias evitasen cada vez más el conflicto por su carácter contraproducente (Howard, 1988). Como afirmó poco después de la segunda guerra mundial Bernard Brodie, «hasta el

presente, la finalidad de nuestras fuerzas militares ha sido ganar las guerras. Desde ahora, su principal objetivo debe ser evitarlas» (1).

El fin de la guerra fría ha mantenido vigentes estas limitaciones en los conflictos entre grandes potencias —que de hecho no se han producido—, y también en las intervenciones militares de alta o baja intensidad protagonizadas por los países europeos y Estados Unidos. En este segundo caso, las restricciones han venido impuestas la mayor parte de las veces por las propias sociedades occidentales, que cada vez se muestran más contrarias al recurso a la guerra por parte de sus respectivos Estados. Este fenómeno se ha puesto de manifiesto con motivo de los diversos conflictos en los que han tomado parte fuerzas occidentales. El más paradigmático es, desde luego, el rechazo social que produjo la intervención norteamericana en Vietnam (Taylor, 1995), pero se ha repetido en posteriores ocasiones, de manera más moderada, con motivo de la guerra contra Irak, de la intervención en Somalia, o de las operaciones de la OTAN durante la crisis de Kosovo. En el caso de nuestro país, baste con recordar el revuelo que produjo el envío de buques al golfo Pérsico en 1990, o el que las primeras encuestas de opinión sobre las acciones aéreas contra Serbia en 1999 fueran tan negativas que se esperase una mejora para darlas a conocer. La opinión pública acepta cada vez con mayor dificultad las bajas propias y las civiles del enemigo, lo que ha provocado que el «efecto CNN» se haya convertido en una variable más a tener en cuenta por los mandos militares en la planificación y ejecución de las operaciones.

Estas limitaciones han obligado a los países occidentales a poner en práctica un modo de hacer la guerra, que se ha plasmado en el desarrollo de los conflictos e intervenciones militares de la década de los noventa en los que han participado Estados Unidos y sus aliados europeos. En ellos, las fuerzas occidentales han aprovechado los activos de la Revolución de los Asuntos Militares (*Revolution in Military Affairs*, RMA), tal como denominaron el almirante Owen y el profesor Cohen a la aplicación de los avances tecnológicos en el campo militar. Una revolución que afectó tanto a las armas (armas inteligentes y municiones de precisión) como a los sistemas de adquisición de objetivos, de guerra electrónica y de C3I (Freedman, 1998). La superioridad en este tipo de medios por parte de las fuerzas aliadas ha permitido obtener victorias militarmente aplastantes, y ha consagrado lo que podemos denominar el nuevo modo occidental de hacer la guerra.

En este nuevo «estilo», el objetivo principal de las operaciones sigue siendo la victoria decisiva sobre el adversario, lo cual obliga a mantener el concepto de guerra total, aunque aplicada sólo en la acción contra el enemigo, es decir, atacando sus fuerzas armadas, sus infraestructuras, medios de producción, moral de la población, etcétera, pero manteniendo la propia socie-

(1) BRODIE, B.: (Ed.) *The Absolte Weapon: Atomic Power and World Order*. Harcourt Brace, New York, 1946, p. 76; citado en ZAGARE, 1990, p. 248.

dad al margen de la guerra. Por tanto, las características principales de dicho modelo consistirían en el empleo exclusivo de militares profesionales, y, el aprovechamiento al máximo de la tecnología, la brevedad de las hostilidades, y la definición clara de los objetivos a lograr (Thompson, 1994).

De este modo, las acciones aéreas de precisión y el empleo de misiles de crucero adquieren casi todo el protagonismo (Prins, 1996). Los ataques aéreos limitados se han convertido en la forma estandarizada de intervención, ya que permiten alcanzar los objetivos previstos con un número reducido —o incluso nulo— de bajas propias y de daños colaterales en la población civil enemiga (en la campaña aérea de la OTAN contra Serbia sólo 15, de 40.000 armas lanzadas, produjeron efectos no deseados) (Lombo, 1999). Las fuerzas navales también desempeñan un destacado papel en esta estrategia mediante la proyección de fuerza sobre el litoral y el interior, con el empleo de misiles de crucero lanzados desde buques de superficie o submarinos, y con operaciones aéreas realizadas desde grupos de combate aeronavales, y también mediante la aplicación de bloqueos navales, operaciones anfibia limitadas y la ejecución de tareas de apoyo a las acciones aéreas. Por su parte, la actuación de las fuerzas terrestres se limita por lo general a tareas de apoyo y protección, y se reservan para el momento en el que el enemigo ha sido desarticulado o para el periodo posterior a la capitulación, actuando como fuerzas de pacificación o estabilización (Calvo Albero, 1999). Ejemplos de la aplicación de este modelo se pueden encontrar en los conflictos recientes donde han intervenido las potencias occidentales: golfo Pérsico en 1991 —la acción terrestre, aunque decisiva, sólo duró 100 horas frente al mes y medio de operaciones aéreas— y en 1998, Bosnia en 1995, y Kosovo en 1999.

En el fondo, el nuevo modo de combatir de Occidente se basa en una antigua concepción de la guerra, como es la estrategia de la «aproximación indirecta», formulada por Liddel Hart, y que ya había sido aplicada por Gran Bretaña en siglos anteriores. El objetivo de dicha doctrina consiste en minar las fuerzas del enemigo mediante bloqueos navales, ataques aéreos y otras técnicas que conduzcan a la derrota del adversario sin necesidad de llegar al enfrentamiento de un gran número de tropas. Combinada con la RMA, la aproximación indirecta ha dado lugar a lo que Luttwak (1999) ha denominado de una forma muy gráfica la «guerra posheroica».

Las limitaciones del modelo

A pesar de los éxitos logrados, los inconvenientes de este nuevo modo occidental de hacer la guerra son importantes. En primer lugar, se trata de una estrategia que viene impuesta en gran medida por la actitud de la opinión pública con respecto a la participación en conflicto, y a los daños humanos y materiales derivados de ellos. Lo cual limita la libertad de decisión de los jefes

militares a la hora de planificar y dirigir las operaciones, ya que el planteamiento global de dichas acciones no responde únicamente a criterios de eficacia estrictamente militares u operacionales, sino que tiene que amoldarse a restricciones ajenas al marco estratégico de la guerra o crisis.

Es evidente que la planificación militar debe aceptar reservas políticas, diplomáticas y éticas, pues de lo contrario correría el riesgo de llevar a una guerra absoluta en la que el único fin aceptable sería la destrucción total del adversario. Sin embargo, las cortapisas que imponen las sociedades occidentales sobre la dirección del conflicto pueden conducir injustificadamente a una resolución defectuosa o perjudicial de éste.

La cobertura informativa que realizan los medios de comunicación sobre el desarrollo de las hostilidades puede otorgar una singular importancia a determinados elementos del conjunto que no adquirirían en otras condiciones. Es lo que Lawrence Freedman (1998) denomina el «soldado estratégico», aquel cuya muerte o captura puede determinar el curso de las operaciones por su repercusión mediática, y reclamar la atención de los responsables políticos y militares de alto nivel. Esto explica que en las maniobras de envergadura Estados Unidos haya incluido entrevistas simuladas ante los medios de comunicación a los generales que dirigen el ejercicio cuando se produce la muerte virtual de un piloto o de un grupo de *marines*. Un ejemplo verídico de este fenómeno sería el fracaso de la operación RESTORE HOPE, en la que Washington retiró sus fuerzas después de que las cámaras recogieran el macabro espectáculo de los cadáveres de dieciocho *rangers* siendo arrastrados por las calles de Mogadiscio. En estos casos, el ya señalado «efecto CNN» puede provocar un desmesurado predominio de la táctica sobre la estrategia.

Asimismo, el justificado rechazo de la muerte de personas humanas, en especial de las fuerzas propias y de los civiles envueltos en el conflicto, puede convertirse en un importante obstáculo para los planificadores militares cuando éste obliga a librar guerras de «cero bajas». La operación norteamericana en Haití, las intervenciones aéreas contra Irak de los últimos años, o la operación aliada contra Serbia, lograron este objetivo en lo que se refiere a los propios combatientes, lo cual puede acostumbrar a las sociedades occidentales, convirtiendo en normal un modo de salir airosos de las intervenciones militares que no tiene por qué repetirse siempre.

A la larga, esta sensibilidad de la opinión pública europea y norteamericana puede ser aprovechada por el adversario, dirigiendo sus esfuerzos hacia objetivos más asequibles, ya que no se trataría tanto de derrotar como de «hacer daño». La obsesión de Saddam Hussein por derribar algún avión estadounidense durante los bombardeos de hace poco más de un año es una muestra clara de esta tendencia. Por ello, aunque la RMA ha aumentado la supervivencia de las fuerzas occidentales, la actitud de la sociedad ante sus resultados las hacen más vulnerables desde un punto de vista subjetivo.



Harrier en vuelo de navegación sobre los montes de León. (Foto: L. Díaz-Bedia Astor).

Consecuencia del miedo a las bajas es el recurso cada vez menor a las fuerzas terrestres para misiones de combate. Durante el desarrollo de las hostilidades, éstas han pasado a desempeñar papeles de mera protección o se han convertido en meros sensores del arma aérea. Una vez finalizadas las operaciones de castigo, las unidades terrestres entran en acción, pero en tareas de mantenimiento, imposición de la paz o estabilización, tal como ha sucedido en los casos de Bosnia y Kosovo.

Los inconvenientes de descartar de antemano el empleo de fuerzas terrestres saltan a la vista. La utilización masiva de aviones de combate y misiles de crucero no sustituye en modo alguno determinados cometidos de las tropas sobre el terreno. Esto ha resultado evidente en Kosovo, donde los aviones y armas de última generación no han sido capaces de impedir los desmanes que 30.000 pies más abajo estaban cometiendo los paramilitares serbios contra la población civil de origen albanos-kosovar.

Por otra parte, la aplicación de la doctrina de Douhet, según la cual el poder aéreo sería capaz de derrotar al enemigo mediante la destrucción de sus infraestructuras, recursos, etcétera, resulta inadecuada cuando las intervenciones militares se llevan a cabo en países extremadamente pobres —como algunos de Asia y del África Subsahariana—, donde tales instalaciones son casi inexistentes y en los que el enemigo no es un ejército convencional, sino guerrilleros que se confunden con la población civil. En lo referido a naciones con un mayor nivel de desarrollo, la devastación de sus infraestructuras no es tampoco una tarea fácil, ya que el agotamiento de los recursos de un Estado

exige un esfuerzo enorme e intenso de los medios aéreos. En la práctica esto es sólo posible si se cuenta con la participación de Estados Unidos. Las campañas aéreas contra Irak en 1991 o contra Serbia en 1999 son inimaginables sin el concurso de la USAF y de la Marina de Estados Unidos. En la intervención en Kosovo, casi el 100 por 100 de los sistemas de detección e identificación de objetivos eran norteamericanos, y lo mismo sucedía con el 80 por 100 de las fuerzas de combate (Bardají, 1999). Por tanto, el *modo occidental de hacer la guerra* es en realidad el estilo *norteamericano* de combatir.

A su vez, el recurso exclusivo a la ventaja que la RMA ha concedido al arma aérea disminuye notablemente la sorpresa estratégica de la acción militar. El enemigo sabe de antemano a lo que se va a enfrentar y, por tanto, se preparará para ello. Un caso flagrante de esta supresión de la incertidumbre fue la actitud de los líderes políticos occidentales en el inicio de intervención de la OTAN en Kosovo, asegurando que no se efectuarían operaciones terrestres, con el fin de calmar a sus respectivas opiniones públicas ante el temor de las bajas y de la envergadura de la intervención. Tales declaraciones y la evidencia de que no se concentraban tropas de entidad en Albania permitieron a los dirigentes serbios no acantonar sus fuerzas en la frontera —lo que habría facilitado el atacarlas desde el aire—, sino desplegarlas y dispersarlas por todo el territorio, dificultando la destrucción de las mismas y favoreciendo que actuasen contra la población civil.

La necesidad de contar en ocasiones con la actuación inexcusable de fuerzas terrestres ha llevado a procurar la aportación de éstas por parte de los países cercanos al conflicto o de sectores de población envueltos en él, pres-tándole la asistencia que fuera necesaria en cuestión de suministro de armamento, municiones, inteligencia y demás medios, junto al apoyo de fuegos necesario desde tierra y aire. En cierto modo, las CJTF pueden ser una herramienta útil en este sentido y, desde luego, ésta es la filosofía que se esconde detrás de la creación de una fuerza multinacional de paz en el África Subsahariana, con la ayuda de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Sin embargo, no se trata de una solución aplicable en todos los casos, tal como se ha puesto de manifiesto en la imposibilidad de crear una oposición armada sólida al régimen de Bagdad por parte de Estados Unidos mediante el apoyo al Congreso Unificado de Irak con base en el noreste del país (Byman, Pollack & Rose, 1999); o en el caso de que se hubiese armado al Ejército de Liberación de Kosovo, que, tal como demuestra el comportamiento de éste frente a la minoría serbia, habría resultado perjudicial a corto plazo.

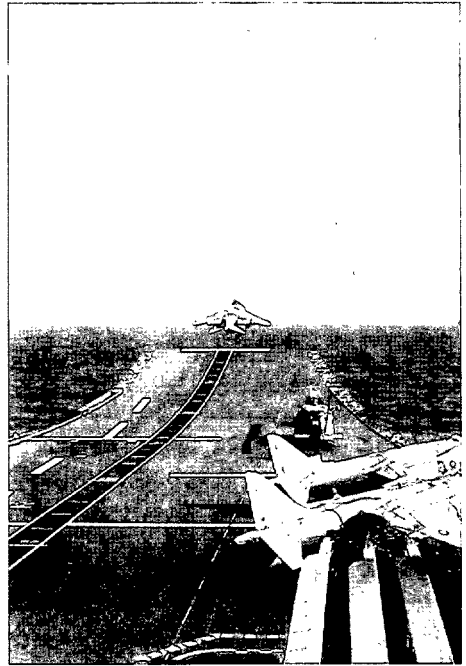
En otro orden de cosas, las limitaciones de las que venimos hablando pueden pesar en gran manera a la hora de decidir si se interviene con la fuerza en una determinada crisis o en la forma de resolver finalmente la acción militar; es decir, las restricciones a las que se ve sometido el modo occidental de combatir influyen en la entrada y salida de la guerra, y no sólo en las reglas y métodos con los que se lucha (Freedman, 1998).

Si el nuevo estilo se caracteriza porque los conflictos deben ser lo más breves posible, no causen daños desproporcionados a la población civil enemiga, sus objetivos resulten claros y asequibles, el número de bajas propias sea mínimo y la repercusión en la sociedad prácticamente nula, la consecuencia es que aquellas guerras que no reúnan estas características muy posiblemente no se librarán. Lo cual tiene su lado indudablemente positivo —pues disminuye el recurso a la violencia como forma de resolver las disputas en las relaciones internacionales—, pero al mismo tiempo se puede convertir en una peligrosa debilidad cuando no se empleen las fuerzas militares como último y único recurso en la defensa de unos intereses legítimos y necesarios. Esto resulta especialmente actual en un contexto estratégico en el que las amenazas no se presentan claramente definidas, y en el que no resulta tan fácil sopesar en la balanza los costes de la intervención y los daños que se pueden derivar de mantenerse al margen (Nye, 1999).

Lo mismo puede decirse de la forma de concluir las guerras una vez que se ha tomado la decisión de intervenir militarmente. Las circunstancias del momento presente llevan a que muchos de los conflictos sean asimétricos no sólo en los medios, sino también en los fines. Por tanto, el débil puede imponerse al fuerte, o simplemente no ser derrotado por él, si no existe igualdad en los intereses en disputa. Es evidente que ni Milosevic ni Saddam Hussein pueden derrotar a las fuerzas occidentales, pero sí que pueden lograr su objetivo de guerra por el simple hecho de no perder. En ambos casos, esto no se ha cumplido plenamente, pues ambos han tenido que renunciar a sus aspiraciones sobre Bosnia y Kosovo o sobre Kuwait; sin embargo, las limitaciones del modo occidental de combatir han forzado soluciones de compromiso que han permitido la supervivencia de los regímenes agresores y que no han resuelto por completo los problemas que dieron lugar al conflicto. Es cierto que en ambos casos se trata de cuestiones complejas que quizá tampoco se solucionarían por la mera deposición de esos líderes y sus camarillas, pero también es verdad que ambos constituyen claros precedentes de las desventajas de dichas restricciones en la resolución satisfactoria de los conflictos. Asimismo, la capacidad de maniobra en las intervenciones militares de ese estilo se encuentra también limitada por la aprobación o rechazo de otras potencias y del resto de la comunidad internacional sobre la conveniencia y legitimidad de las mismas. Lo que venimos denominando como modo occidental de hacer la guerra se basa en una interpretación amplia del derecho de injerencia, que es vista con recelo y contradicha por otros actores internacionales de relieve (Hass, 1999).

Por último, la distancia creciente que separa a los ejércitos occidentales y las fuerzas de sus posibles adversarios —los denominados por Washington *rogue States*: Estados delincuentes o vagabundos— puede ser una espoleante motivación para que estos últimos se doten de arsenales de destrucción masiva. La proliferación de ese tipo de armas se convertiría por tanto en un atajo

para aquellos actores que pretendieran estar a la altura de los que se han beneficiado de la RMA, y que saben que difícilmente podrán lograrlo con medios convencionales. Una idea que se encuentra recogida en la conocida frase de un general del ejército indio tras la guerra del Golfo: «no te enfrentes a Estados Unidos si no tienes armas nucleares». Realmente se trata de un serio desafío por los riesgos implícitos que conlleva la misma proliferación —proliferación horizontal y vertical de esos actores y de sus vecinos, y debilitamiento de la doctrina de la disuasión—, y también por el hecho de que la RMA es un gigante con pies de barro cuando se mueve en el terreno no convencional. Aunque se encuentran en desarrollo, todavía no existen sistemas de defensa estratégica que permitan proteger eficazmente a las fuerzas propias desplegadas en un teatro exterior, y mucho menos que garanticen la seguridad del propio territorio nacional. Al mismo tiempo, tampoco está del todo claro que el arsenal nuclear de Estados Unidos y de la OTAN constituya una disuasión efectiva frente a esos potenciales agresores, ya que no es seguro que las sociedades occidentales permitiesen la represalia nuclear como respuesta automática al empleo de armas químicas contra fuerzas propias desplegadas en un escenario de crisis o conflicto.



En el aire, portaaviones *Príncipe de Asturias*
(Foto: J. M.ª de Pazos Líaño).

Conclusiones

Un modo de hacer la guerra que aproveche los avances de la RMA goza por tanto de indudables ventajas, pero se encuentra sometido también a destacables limitaciones. Aunque a primera vista el análisis que hemos realizado pueda ofrecer una visión desmitificadora, la conclusión no tiene necesariamente por qué serlo. Objetivamente, las capacidades militares de Estados Unidos, y en menor medida de los países europeos —o, en su conjunto, de la OTAN—, no son igualadas por ninguna otra potencia en el terreno convencional. La cuestión fundamental radica en la determinación con que se emplee tal

capacidad, en la voluntad política y, sobre todo, en la voluntad de la sociedad para asumir los costes que conlleva la defensa de sus intereses legítimos. La actitud actual de la opinión pública quizá se deba al hecho de que la mayor parte de las intervenciones militares han estado motivadas por razones estratégicas abstractas que muchas veces se han explicado al ciudadano de a pie en términos de acción humanitaria. Posiblemente, si la intervención militar fuese la respuesta a una amenaza seria para la seguridad de dichas naciones, el grado de aceptación de costes fuese mayor. En caso contrario, nos encontraríamos ante una sociedad no dispuesta a asumir sacrificios graves en la defensa de sí misma y de su propia supervivencia, y que por tanto habría entrado en una fase que casi se podría calificar de suicida decadencia.

BIBLIOGRAFÍA

- ARON, R.: *Paz y guerra entre las naciones*. Revista de Occidente, Madrid, 1963.
- BARDAJÍ, R.: *La hora de la defensa europea*. Revista Española de Defensa, n.º 136, 1999, pp. 52-55.
- BYMAN, D; POLLACK, K., y ROSE, G.: *The Rollback Fantasy*. Foreign Affairs, vol. 78, n.º 1, 1999, pp. 24-41.
- CALVO ALVERO, J. L.: *La utilización de la fuerza militar a principios del tercer milenio*. Comunicación presentada en el IV Congreso de Ciencia Política y de la Administración. Granada, 1999.
- FREEDMAN, L.: *The Revolution in Strategic Affairs*. Adelphi Paper, n.º 318, 1998.
- GLASER, C. L.: *Political Consequences of Military Strategy*. World Politics, vol. 44, July 1992, pp. 497-538.
- HASS, R. N.: *What to do with American Primacy*. Foreign Affairs, Vol. 78, n.º 5, 1999, pp. 37-49.
- HOWARD, H.: *Las causas de las guerras y otros ensayos*. Ejército, Madrid, 1988.
- KEEGAN, J.: *Historia de la guerra*. Planeta, Barcelona, 1995.
- LIDDELL HART, B.: *Estrategia. La aproximación indirecta*. Ediciones Ejército, Madrid, 1989.
- LOMBO, J. A.: *Evaluación inicial de la campaña aérea de Kosovo*. Revista Española de Defensa, n.º 135, 1999, p. 8.
- LUTTWAK, E. N.: *Give War a Chance*. Foreign Affairs, Vol. 78, n.º 4, 1999, pp. 36-44.
- NYE, J.: *Redefining National Interest*, Foreign Affairs, Vol. 78, n.º 4, 1999, pp. 22-35.
- PRINS, G.: *Global Security and Military Intervention*. Security Dialogue, Vol. 27, n.º 1, 1996, pp. 7-16.
- TAYLOR, K.: *Intervention and Intransitivity. Public Opinion, Social Choice, and the Use of Military Force Abroad*. World Politics, vol. 47, July 1995, pp. 534-554.
- THOMPSON, W. R.: *The Future of Transitional Warfare*. BURK, J. (ed.), *The military in new times: adapting Armed Forces to a turbulent world*. Westview, Boulder, Colorado, 1994, pp. 63-89.
- ZAGARE, F.: *Rationality and Deterrence*, World Politics, vol. 42, n.º 2, 1990, pp. 238-260.